1.

1.1. De Turín es el famoso sudario, el que muestra el cuerpo de Cristo de cara tras la crucifixión: manos cruzadas sobre los genitales, ojos cerrados, cabeza coronada de espinas. La imagen no se percibe sobre el lino a simple vista. Fue descubierta a finales del siglo diecinueve, cuando un aficionado a la fotografía miró el negativo de una imagen que había tomado de la tela y vio la figura; pálida y desvaída, pero no obstante ahí. Sólo en el negativo: el negativo se transformó en positivo, lo que implica que el sudario en sí era ya, de hecho, un negativo. Unas décadas después, cuando el sudario fue datado mediante la prueba del carbono 14, resultó proceder de una época no posterior a mediados del siglo trece; si bien este detalle no afectó a los creyentes. Esa clase de cosas nunca afectan. La gente necesita mitos fundacionales, algún tipo de huella del año cero, un perno que asegure el andamiaje que a su vez sujeta la arquitectura de la realidad, del tiempo: cámaras de memoria y sótanos de olvido, muros entre eras, pasillos que nos arrastren hacia los días del fin y lo que sea que venga después. Vemos las cosas como envueltas en un sudario, a través de un velo, sobre una pantalla sobrecargada de píxeles. Cuando el plasma informe adquiere forma y resolución, como un pez que se nos aproxima en aguas turbias o una imagen que va

asomando entre líquidos nocivos en un cuarto oscuro, cuando comienza a materializarse en una figura discernible, acaso codificada, podemos decir: *Ahí está, ya despierta, ya asoma*, aunque en realidad no lo esté, aunque lo que veamos no sean más que borrones de tinta.

1.2. Una noche de hace unos años, me quedé atascado en Turín. No en la ciudad, sino en el aeropuerto: Torino-Caselle. Lo mismo que muchas personas más: nada despegaba. La frase *Aguarden hasta nuevo aviso* se multiplicaba, apilándose en columnas en las pantallas de información, alternando entre el inglés y el italiano. Lo que causaba el retraso era un avión que iba por libre, algún tipo de jet privado que, ignorando toda instrucción, volaba en una ruta idiosincrásica sobre el sur de Inglaterra y el Canal; lo cual implicaba que ningún otro avión podía penetrar esa franja de espacio aéreo; lo que a su vez, dada la serie de cambios y conexiones y desvíos que había habido que poner en práctica para lidiar con la situación en su conjunto, había propagado una enorme nube de retraso por toda Europa. Así pues me senté, como todos los demás, y me puse a consultar páginas de aerolíneas y aeropuertos en mi portátil para arrojar luz sobre este trastorno generalizado; después, cuando hube agotado estas vías, me dediqué a navegar por sitios de noticias y redes sociales, a deambular por galerías de trivialidades, a, en líneas generales, matar el tiempo.

1.3. Fue entonces cuando leí acerca del sudario. Tras acabar esa lectura me puse a leer sobre centros de distribución. Torino-Caselle es un centro de conexiones

aéreas. Un apartado de su sitio web explicaba este concepto. Los centros de conexiones aéreas son principalmente puntos de transferencia en vez de destinos *per se*. La página web mostraba un diagrama de una rueda desprovista de aro, con radios de diferentes longitudes, todos ellos dirigidos al centro, de tal modo que cabía comunicar dos puntos cualesquiera de la superficie de la rueda pese a no estar conectados por línea recta alguna. Con aquellas puntas sobresalientes, la imagen se parecía a la corona de Jesús. Un enlace me condujo a una página externa donde se explicaba que este modelo de nodos se utilizaba en campos que iban desde el transporte de mercancías hasta la computación distribuida. Al poco estaba leyendo acerca de bridas, engranajes y cojinetes en la construcción de bicicletas. Luego hice clic en el término *cassette*. Estos sistemas de marchas incorporan ruedas dentadas —coincidentes en elementos rotatorios— y un mecanismo de carraca, ensamblado dentro del propio núcleo (en lugar de, como en modelos previos al *cassette*, anexo al mismo o circundándolo), cuyo desacoplamiento temporal permite rodar sin pedalear.

1.4. En medio de una incongruente banda sonora de mensajes y cadencias grabadas y repetidas en bucle, la melodía frívola de una tragaperras, retazos de conversaciones ajenas y el siseo escalonado e intermitente, de silencioso a ruidoso, de los vaporizadores de las cafeterías dispersas por la terminal, me vino un recuerdo: de bajar una colina sin pedalear en la segunda bici que tuve de niño. No era un recuerdo específico de bajar la colina en un día concreto: más bien algo genérico compuesto de centenares de descensos acumulados a

lo largo de los años. Donde mi primera bici tenía un freno de pie, activado por el pedal, esta otra, equipada en cambio con un freno de mano, permitía pedalear hacia atrás. En su momento este detalle se me antojó, recordé, como algo rayano en lo milagroso. Que pudieras desplazarte en un sentido mientras girabas el manillar en la dirección opuesta contravenía mi incipiente comprensión no sólo del movimiento sino también del tiempo; como si también éste pudiera ser surcado por un contraflujo alojado en su mismo núcleo. Siempre que me lanzaba, pedaleando hacia atrás, por la ladera, experimentaba euforia, pero también vértigo; un vértigo teñido de una ligera náusea. No era una sensación del todo agradable. Recordar ahora la maniobra reproducía —en la terminal abarrotada, en mi cabeza y mi estómago— la misma sensación incómoda de que las cosas estaban desincronizadas, dislocadas.

1.5. Alrededor de mí y de mi pantalla, más pantallas: de otros portátiles, móviles, televisores. Estas últimas mostraban mensajes en desplazamiento en la parte inferior, textos cuya temática incluía el retraso aéreo en el cual estaba atrapado yo. Tras los mensajes, se exhibían imágenes de actualidad. Una pantalla mostraba momentos de un partido de fútbol. Otra mostraba las repercusiones del estallido de un camión bomba en un mercado de Oriente Medio, la clase de escena que cabe ver en esta clase de noticia: personas histéricas, salpicadas de sangre, gritando y corriendo en todas direcciones. Una de estas personas, un hombre que miraba a la cámara mientras corría hacia ésta, llevaba una camiseta que mostraba a Snoopy recostado sobre el techo de su perrera, y la palabra *Perfección* flotando en

el aire por encima de él. A continuación la escena dio paso a un vertido de crudo ocurrido aquella mañana, o la noche anterior, en alguna parte del mundo: imágenes aéreas de la plataforma costera afectada a cuyo alrededor brotaba una oscura flor acuática; aves marinas de plumaje blanco, filmadas desde el aire y el suelo, paseándose por prístinas orillas nevadas, inconscientes de la marea negra que se les aproximaba; y, la villana de la crónica, captada por un robot submarino, una tubería rota que descargaba un producto interminable en el océano.

1.6. Mi teléfono sonó y vibró en mi chaqueta. Lo saqué y leí el mensaje que había recibido. Era de Peyman. Peyman era mi jefe. Decía: Ganamos. Nada más. Dos niños pasaron corriendo por mi lado; uno cayó; su hermano se detuvo en seco, retrocedió unos pasos y lo puso en pie bruscamente; luego siguieron corriendo. De nuevo alcé la mirada hacia el monitor de televisión que mostraba el partido de fútbol. El gol que había visto un momento antes estaba siendo reproducido a cámara lenta. La trayectoria del balón, el arco que seguía mientras superaba las cabezas de los defensas y las manos del guardameta, el efecto de retroceso de sus hexágonos y estrellas, la súbita hinchazón y el estallido del pulcro cuadriculado de la red cuando el balón la alcanzaba: esta secuencia armonizaba ahora con la palabra que me había enviado Peyman: Ganamos. Miré la esquina superior de la pantalla, donde aparecía el tanteo, para ver qué equipos estaban jugando. El Barcelona y el Bayern de Múnich. Le respondí: ¿Quién ganó qué? La Compañía ha ganado el contrato del Proyecto, respondió él al cabo de medio minuto. Esto

sí lo comprendí. La Compañía era nuestra empresa, la empresa de Peyman, la empresa para la que yo trabajaba. El Proyecto era el Proyecto Koob-Sassen; llevábamos tiempo tras aquel contrato. Bien, respondí. Esta vez la respuesta llegó más rápido: ¿Bien? ¿Ya está? Lo ponderé unos segundos y envié un nuevo mensaje: Muy bien. Sus siguientes palabras se cruzaron con las mías: ¿Sigues aún en tránsito? Se lo confirmé. Yo también, me informó Peyman al rato; en Viena. Ven a verme mañana a.m. Luego llegó un mensaje de Tapio. Tapio era la mano derecha de Peyman. La Compañía ha ganado el contrato del PKS, decía. Siguieron dos más, de otros colegas, en rápida sucesión, ambos comunicando la misma noticia. El efecto de haber estado expuesto a aquel partido de fútbol permaneció tras haberlos leído; me pareció así que el delantero del Bayern de Múnich, el cual rugía encantado hacia las gradas, se alegraba no por su equipo y su afición sino más bien por nosotros; y hasta dio la impresión de que la víctima de la camiseta de Snoopy, mientras corría chillando hacia la cámara, también celebraba la noticia: desde su mercado en ruinas con los habituales hierros retorcidos y charcos de sangre, aquel hombre se alegraba por nosotros.

1.7. Ahora empezó a sonar el portátil: alguien me llamaba por Skype. *JoanofArc*, ponía en la casilla de identificación del emisor. Reconocí el alias; pertenecía a una mujer llamada Madison, a quien había conocido dos meses antes en Budapest. Hice clic en aceptar. ¿Me oyes?, preguntó la voz de Madison. Yo dije que sí. Activa tu cámara, me indicó la voz. Lo hice. Madison apareció ante mí al momento. Me preguntó dónde es-

taba yo. Se lo dije. Ella me contó que también había estado en el Aeropuerto de Torino-Caselle, en 2001. ¿Qué te trajo aquí?, le pregunté, pero mis palabras parecieron perderse con el retardo; en todo caso, ella no respondió. En su lugar, me preguntó cuándo estaría de vuelta en Londres. En mi pantalla, su cara saltaba en pequeñas cascadas de movimiento de un remanso a otro. No lo sé, dije. Maximicé la página de noticias mientras hablaba con ella. Se anunciaba que el cierre del espacio aéreo había llegado a su ecuador, ello junto a la noticia del estallido en el mercado y con el mismo tamaño de fuente. Encima, ligeramente más grande, el vertido de crudo, con una secuencia de fotos que mostraban remolcadores, hombres cubiertos de petróleo que luchaban con asas y manivelas, aquellas islas periféricas de ribetes negros, la flor gigante de crudo y demás. El editor había elegido un efecto de «desvanecimiento» para la transición entre la serie de instantáneas, en lugar de ese tipo de sucesión más brusca reminiscente de los antiguos bombos de diapositivas. Desde un punto de vista estético, me pareció el efecto indicado para la ocasión.

1.8. Los mismos dos niños pasaron corriendo por mi lado. Una vez más el pequeño resbaló: debía haber una inclinación donde el suelo rodeaba la hilera de asientos; eso, y el hecho de que el piso estuviera pulimentado. Una vez más su hermano (si acaso era su hermano) le recogió y siguieron corriendo. Madison me preguntó una vez más cuándo estaría de vuelta. Dijo necesitar atención etnológica. ¿Y eso?, le pregunté, colocando su pantalla por encima de la página de noticias. Me hace falta, empezó a decirme, pero justo entonces

el audio se cortó. Su rostro quedó también congelado a mitad de frase de un modo asimétrico, babeante, como si hubiera perdido el control de los músculos tras una apoplejía; tenía los ojos vueltos hacia arriba, de manera que las pupilas quedaban medio ocultas por los párpados. Delante de ella giraba un pequeño círculo que denotaba un proceso de carga. La pantalla permaneció así largo rato mientras yo la miraba, esperando a que acabase la carga. No fue así: en su lugar, un mensaje de *Llamada terminada* acabó reemplazando tanto cara como círculo.

1.9. Alcé la mirada, la paseé por la terminal. Quienes no se entretenían, como yo, haciendo clic y navegando en teléfonos y portátiles pastaban por entre los artículos de lujo apilados a nuestro alrededor. Los más valiosos estaban resguardados tras mamparas de un cristal lustroso cuyas superficies reflejaban las demás superficies de la sala de espera, de modo que la escena posterior al estallido en el mercado se repetía sobre el estampado de un chal, el petróleo fluía y volvía a refluir sobre la esfera de un reloj. La superposición entre estos elementos de índole diversa, y el efecto collage que creaba, era constante; pero, a medida que fueron pasando las horas, el equilibrio de la mescolanza cambió. Los objetos lujosos y sus envolturas no se vieron alterados, claro está; sin embargo, los momentos futbolísticos destacados y el ataque al mercado perdieron fuerza paulatinamente, sus vídeos eran cada vez más cortos y menos frecuentes; mientras que, a la inversa, el vertido de crudo fue ganando tiempo de pantalla. Se trataba obviamente de uno de los grandes. Para medianoche, aquellos hombres empapados de petróleo

que había visto en las fotos de la web informativa se habían trasladado a las pantallas del aeropuerto; si bien ahora se movían, disponían barreras flotantes, intentando, sin éxito aparente, controlar y reunir el flujo de crudo cargado de agua mientras éste se bifurcaba y viraba y se extendía. Parecían desmoralizados, vaqueros a lomos de remolcadores cuya negra manada, gracias a su pura masa y volumen, se había amotinado, salido en estampida y devenido incontrolable. Otras secuencias se limitaban a mostrar una masa de agua saturada de crudo, oscura y pesada. Ésta parecía moverse, hincharse y ondular, a la vez más lenta y más rápida que lo normal en el agua; como si, igual que aquel gol que a estas alturas se había retirado a un solo televisor del bar deportivo en la periferia de mi visión, hubiera sido filmada con cámaras de altas prestaciones, de esas que enfocan y amplifican cada fotograma, cada instante, extrayéndolo del flujo general a la par que lo liberan en el mismo. Este movimiento me pareció fascinante. Contemplé las imágenes durante horas, girando la cabeza a medida que ellas se trasladaban de una pantalla a otra.

1.10. En un momento dado, mi vecino de asiento, al advertir la atención embelesada que yo estaba prestando a estas imágenes, trató de entablar conversación. Chasqueando la lengua de un modo desaprobador en dirección a la pantalla, opinó que aquello era una tragedia. La palabra la usó él, por supuesto: *tragedia*, como un comentarista televisivo. Yo le miré de arriba abajo, midiendo sus ánimos. Iba de traje pero se había quitado la corbata, la cual yacía, doblada, sobre un bolso de mano con ruedas que tenía al lado. Se dirigió a mí en

inglés, pero su acento pertenecía a la eurozona: ni francés ni holandés ni alemán, sino un revoltijo de todos ellos y más, recubierto de americano de imitación tipo escuela de negocios. Al principio no respondí. Cuando lo hice, le informé de que el vocablo *tragedia* derivaba de la antigua costumbre griega de ofrecer una oveja, o *tragos* —normalmente negra—, en sacrificio para expiar los crímenes de una ciudad. Él volvió a la pantalla y estuvo mirándola conmigo durante un rato, como si esta actividad compartida formara parte de nuestro diálogo, de nuestra nueva amistad. Pero tuve la sensación de que estaba molesto por no haber recibido la respuesta que había esperado. Pasados unos minutos, se levantó, agarró el asa del bolso donde descansaba su corbata y se alejó.

1.11. Yo, por mi parte, me quedé en el mismo sitio, viendo cómo la tullida plataforma escoraba, la tubería rota manaba a borbotones, los pájaros daban vueltas, la flor de crudo abría sus pétalos, el agua oscura se hinchaba y ondulaba, una y otra y otra vez. Estuve así, como he dicho, hora tras hora; cuando las pantallas públicas dejaron de mostrar estas escenas, las contemplé primero en una y luego otra de mis privadas. Me tuvieron completamente absorto hasta que, al cabo de las horas, en los primeros instantes de la mañana, el espacio aéreo abrió y mi vuelo fue llamado. Ni siquiera entonces las dejé atrás. Cuando por fin hube embarcado, y me descubrí con la cabeza desplomada contra la ventanilla mientras me deslizaba en un sueño granuloso y salpicado de motas, dio la impresión de que el crudo impregnase las mismas briznas de nubes iluminadas por las luces de las alas: de que acechase desde su

interior y acentuara su volumen, como si las absorbiese, así como si supurara a través de ellas, en goterones y glóbulos que se derramaban por sus aberturas, depositándose en pliegues y arrugas, como una multitud de querubines negros.